

## **El gótico en la novela histórica mexicana del siglo XIX**

Ana Mitlich Osuna

*Universidad de Sonora*

El siglo XIX marca el inicio de la tradición literaria mexicana. Los tópicos generados durante esta centuria establecieron los fundamentos en los que se consolidó la literatura mexicana. Su estudio nos permite una amplia valoración de nuestra herencia literaria, así mismo nos ofrece una interpretación de la historia y la cultura que determinaron las acciones y/o situaciones que, en definitiva, propiciaron los cambios políticos, sociales y culturales de la época, y a su vez determinan nuestro presente.

La novela mexicana en sus inicios buscó nuevos mecanismos de significación artística que se ajustaran a las necesidades éticas propias del momento histórico de la enunciación. Partiendo de este supuesto propongo un análisis del trabajo de apropiación y refuncionalización de la estética gótica por los escritores mexicanos en la conformación de la literatura nacional. Para ello me baso fundamentalmente en las clasificaciones de la novela histórica decimonónicas propuestas por Antonio Castro Leal y John Lloyd Read en cuanto a la enunciación del tiempo-espacio colonial.

El corpus en el que se sustenta el presente trabajo está conformado por novelas como el *La hija del judío*, *Monja y casada*, *virgen y mártir* y *el Inquisidor de México* además del cuento *El Visitador*. Estas narraciones crearon imágenes culturales del pasado que marcaron la construcción histórica de lo mexicano.

En México no se ha reconocido la existencia de una literatura gótica en los inicios de la tradición literaria, sin embargo, existen estudios que si bien no la reconocen como tal si rescatan algunos elementos estéticos propios de ésta. En este sentido, intento establecer algunos criterios

con los que se puede sustentar la presencia de la novela gótica en la construcción de la identidad colectiva y cómo, junto con la novela histórica, contribuye a sentar las bases de la literatura mexicana.

El Romanticismo fue la corriente ideológica y artística que marcó profundamente el siglo XIX. El hombre romántico busca en sí mismo los cimientos de su identidad, la razón de ser de todas las cosas. Es decir, el hombre se piensa y se siente romántico. Entiéndase el Romanticismo como la generación de un conocimiento universal a partir de la lucha de las pasiones que se da en el interior de cada individuo, la conciencia del “yo” como entidad autónoma y a la fuerte tendencia nacionalista. Los presupuestos románticos de unidad, libertad e individualismo impactaron en el terreno literario de tal manera que la prosa mexicana, además de expresar su adscripción ideológica, también busca crear una literatura nacional que construya y proyecte artísticamente la identidad cultural de lo mexicano.

La subjetividad del individuo romántico se funde con la idea de la unidad nacional y sirve como trampolín para la construcción de la misma. El espíritu romántico de los escritores hizo que se configuraran como forjadores y defensores de los ideales de la nación; para ello era necesario una literatura propia así que adoptaron las formas literarias europeas, tanto antiguas como las del momento, a una realidad particular, la de la naciente nación mexicana.

Para la comunidad literaria de la época era fundamental que la expresión literaria tuviera una utilidad y objeto, es decir, una función integradora de las necesidades particulares de la sociedad, evitando con ello crear relatos frívolos. En 1868 Ignacio Manuel Altamirano aspiraba a que la literatura mexicana llegará a ser un testimonio fiel de la nacionalidad y elemento activo de la integración cultural (Carballo 1999). Su opinión se centra básicamente en la fuerza

espiritual o ideológica más que en los valores formales; sin embargo, no niega el estudio de las escuelas literarias pero sí alejarse de las imitaciones serviles.

En 1898 José López Portillo y Rojas, sigue los ideales expuestos por Altamirano. Para él la novela es un recurso para difundir ideas y principios, en cuanto a la función ética:

De la pintura de tales escenas pueden nacer revelaciones de la mayor importancia, y la literatura en cuanto a la forma, debe conservarse ortodoxa, esto es, fidelísima a los dogmas y cánones de la rica habla castellana. No por eso, con todo, ha de prescindir de la facultad autonómica de enriquecer con vocablos indígenas o criados por nuestra propia inventiva. (3)

Es así que la novela fue el laboratorio perfecto para trabajar las ideas nacionalistas, además presentan un trabajo significativo en cuanto a la ficcionalización de los elementos de la realidad y el desarrollo de la estructura del relato, aunque la han caracterizado más por la función extraliteraria. Es decir que la novela decimonónica se ha valorado más por su papel moralizante y pedagógico que por su trabajo artístico.

El auge de la novela histórica en México coincide con el periodo fundacional del país. Cuando al principio del siglo estalla la lucha de independencia, la población estaba cansada del yugo colonial/español, y motivados por los ideales de nación y libertad propios del romanticismo, de la revolución Francesa y Norteamericana, además del nacionalismo criollo de los siglos XVII y XVIII, se inició la búsqueda de la libertad. Con la declaración de independencias en 1821 se inicia la etapa de justificación y consolidación de la conciencia nacional y el sentimiento patriótico, convirtiéndose en motivos, por excelencia, de la novela histórica.

La novela asumió el papel de difusora de ideas, predominando en ella un contenido histórico, ya sea sobre el pasado colonial o sobre los sucesos del mismo periodo. La difusión de las novelas europeas en las academias literarias contribuyó al cultivo de la novela histórica. Las influencias del pensamiento extranjero ayudaron en la reforma intelectual y literaria, en la lectura de escritores como Voltaire, Goethe, Víctor Hugo, Lamartine, Walter Scott, Lord Byron, Eugenio Sue, Alejandro Dumas, entre otros, y los escritores mexicanos encontraron y definieron los paradigmas de la literatura a construir, proponiendo nuevas imágenes y visiones culturales.

En los estudios sobre la novela mexicana decimonónica expuestos por Lloyd Read y Castro Leal reconocen temáticas y, sobre todo, procesos y espacios de representación específicos pero complementarios. En su *Mexican Historical Novel*, Loly read clasifica en dos grupos a las novelas históricas durante el periodo de 1826 a 1910, el primer grupo se compone de novelas esencialmente románticas correspondiente al tipo desarrollado por Walter Scott pero representados en una edad media claramente local, tomando el periodo colonial como semejante a la edad media europea, reconociendo con ello un propio tiempo de oscurantismo. Por su parte Antonio Castro Leal en su estudio de la “Novela colonialista” coincide con Lloy Read y reconoce un subgénero de la novela histórica a la que llama Colonialista puesto que el tiempo-espacio representado corresponde a este periodo.

En las novelas Colonialistas, la Inquisición representa un elemento preponderante en el desarrollo del tiempo-espacio, concebido como una herramienta de tortura y control utilizada por el régimen español. Dentro de este grupo de novelas se encuentran: *la hija del judío* de Justo Sierra O'Reilly, *El inquisidor* de José Joaquín Pesado, *Monja y casada, virgen y mártir* y *Martín Garatuza* del general Riva Palicio, *El visitador* de Rodríguez Galvan, entre otras. Castro Leal define la novela colonialista como:

Colonialismo suele llamarse al interés que, como tema literario, sienten algunos escritores por los sucesos y personajes, los usos y las costumbres de la época colonial. [...] En México el interés por temas coloniales se mostro primero en pequeñas narraciones como *La calle de Don Juan Manuel* en 1835 del Conde de la Cortina. [...] A partir de mediados del siglo XIX y por la influencia de la boga que alcanzó en Europa la novela histórica, la novela colonialista se desarrolla rápidamente. (25-7)

En un primer momento las novelas coloniales, comenta Castro Leal, imprimían en sus historias elementos dramáticos de misterio e intriga, descripciones macabras y tenebrosas rasgos representativos tanto en los personajes como en el tiempo-espacio. Es precisamente en estos señalamientos tan peculiares en los que baso mi lectura e interpretación de la estética gótica desarrollada en un ambiente mexicano, con todo lo que ello implica.

Tanto Lloy Read como Castro Leal concuerdan en reconocer como objeto de la representación artística los tiempos de la conquista y la colonia durante el periodo comprendido entre 1830 y 1870. Las conceptualizaciones propuestas por ellos indudablemente descansan en una intencionalidad ética de la literatura. Sin embargo, no profundizan o precisan en los elementos estéticos desarrollados dentro del estilo colonialista.

En la búsqueda por crear y consolidar un proyecto de nación, después de la independencia política con España, los intelectuales de la época vieron la necesidad de un cambio radical no sólo en lo político, sino en lo social y, más importante, en lo intelectual, es así que se tomó una postura antiespañolista. Durante los primeros 50 años de vida independiente en México se seguía con el mismo modelo de vida, con los mismos valores y conductas, dicha

situación no permitió en su totalidad la construcción de lo mexicano, puesto que la sombra de la colonia seguía estando presente en el centro de la sociedad.

El antiespañolismo es producto del alejamiento político, social, cultural y moral del modelo español. Bajo este contexto, en 1865 se publicó en un diario norteño llamado *La estrella del occidente*, en Ures Sonora, un artículo titulado “La desespañolización” escrito por Ignacio Ramírez “el Nigromante”. En él discutía sobre la necesidad imperiosa por alcanzar la emancipación mental, intelectual de México y de lo mexicano; reveló que culturalmente se seguía con el modelo español, por lo que se continuó con la relación de subordinación y control mental y espiritual con la antigua metrópoli.

Coincido con algunos estudiosos como Gerardo Bobadilla que señala que las narraciones decimonónicas exponen el sentimiento antiespañolista que retoma y apropia los modelos artísticos que les permitieron la formación y difusión de un modelo nacional y cultural mexicano. Los intelectuales mexicanos intentaron crear un cosmos cultural en el cual sentaran las bases de lo mexicano; es así que apoyándose en un corpus literario y teórico extranjero, francés principalmente, sustentaron las bases estéticas y conceptuales de la literatura nacional. Y en este sentido es inevitable mencionar el impacto que los conceptos de historia, cultura y literatura expuestos por Víctor Hugo en el prefacio de *Cromwell*, dicho documento influyó de manera determinante en el desarrollo de la cultura del siglo a partir de dos planteamientos fundamentales. El primero de ellos parte de la idea de la que la literatura y el arte son una copia de la naturaleza y la verdad en la que “no debe haber ya ni reglas ni modelos; o, mejor dicho, no deben seguirse más que las reglas generales de la naturaleza, que se cierne sobre el arte y las leyes especiales que cada composición necesita, según las condiciones propias de cada asunto” (Hugo 33).

Además de suponer a la literatura y al arte como copias de la naturaleza y que se sujetan a sus propias necesidades, también expone su peculiar perspectiva de la historia literaria, la cual se adjunta a las necesidades históricas de los mexicanos:

...la poesía cuenta tres edades, cada una corresponde a una época de la sociedad, la oda, la epopeya y el drama. Los tiempos primitivos son líricos, los tiempos antiguos épicos y los tiempos modernos dramáticos. La oda canta la eternidad, la epopeya solemniza la historia y el drama retrata la vida. El carácter de la primera poesía es la ingenuidad, el de la segunda es la sencillez y el de la tercera es la verdad (Hugo 33).

Gerardo Bobadilla comenta al respecto que las tres edades de Víctor Hugo conforman una propuesta historicista que parte de visualizar el hecho artístico como un elemento integral y dinámico del todo acto socio-cultural. Los planteamientos del escritor francés tuvieron una gran acogida en el contexto pos-independentista mexicano. Con ellos los escritores e intelectuales nacionales encontraron un sistema argumentativo que les permitió justificar trascendentemente la emancipación recién lograda como un proceso natural de evolución y transformación de las naciones. Además permitió estructurar y desarrollar una interpretación de la historia de México, donde los 300 años de colonia presentaron una suspensión de la historia, descalificando con ello la presencia hispánica, José María Lafragua lo expone al comentar que “nosotros señores, acabamos de nacer: la literatura mexicana está pues en la cuna. Nuestra *edad primitiva* se pierde en la noche de la conquista: en la que debemos llamar antigua [...] México no es más que, como de su patria dice un poeta, la segunda luz de España” (Lafragua 69-70). No es gratuito que identifique a la conquista y a su vez a la colonia como la noche, es inevitable no remitirnos a la

oscuridad y con ello identificar al periodo colonial como un tiempo de oscurantismo con todo lo que esto implica.

Durante las primeras cinco décadas del siglo XIX, los escritores asumieron una postura instructora dirigida a contribuir en la creación de un proyecto de nación. En este sentido la cultura y la literatura permeaba una clara tendencia nacionalista. La articulación del discurso histórico suponía una interpretación sobre la relación del pasado con el presente. Es así que el periodo colonial, como ya lo vimos en Lafragua, era un pasado descalificado de manera que este periodo se asumía como un tiempo cancelado y, por lo tanto, ajeno al espíritu de lo mexicano.

Es así que las reproducciones y recreaciones del pasado colonial ofrecían una serie de valoraciones sobre la sociedad y la inestabilidad política y cultural. Con ello se buscaba iniciar un proceso ético-estético de discernimiento sobre la identidad, negando la incidencia del pasado colonial; y mostrando en las diversas narraciones los efectos del régimen español y las virtudes del criollo.

Sobre lo gótico, Lucia Solaz comenta que la primera vez que se utilizó el término por el escritor Horace Walpole “pretendía impresionar y excitar a su audiencia”, ya que la palabra gótico se utilizaba como una etiqueta para designar a lo bárbaro, ignorante y denigrante. En el campo de la literatura se utilizó para designar a lo que fuera contrario a la belleza clásica, particularmente ilustrada. Sin embargo, al emplearlo Walpole le proporciona una nueva significación en la expresión estética. El o lo gótico tuvo como objetivo fundamental, e implícito, el servir “como una respuesta a la inseguridad política y religiosa de una época agitada, [...] con personajes atrapados por mentes, ciudades, familias y estructuras sociales obsesionadas” (Solaz 6).

Aparentemente el gótico como tal no se cultivó en países hispanoamericanos, no existen estudios hasta el momento que así lo planteen. Sin embargo, se han reconocido elementos estéticos en pequeñas y grandes narraciones. Lloy Read reconoció el manejo del claroscuro, lo tenebroso y lo lóbrego en las descripciones espaciales. Además de Read, Corral Rodríguez en su estudio sobre el relato fantástico en México del siglo XIX reconoce la recreación de esta estética:

En Europa, el romanticismo abreva en el subsuelo del imaginario cultural, y la fantasía adquiere un status de categoría estética; en México por lo contrario, el programa civilizatorio se implanta con apremio, y las concesiones a la imaginación fantástica se limita a los aspectos decorativos, es decir, a la recreación de ambientes góticos o tenebrosos que no culminan en eventos sobrenaturales. (98)

Los elementos góticos a los que hace mención Corral, no funcionan como meros aspectos decorativos, sino que responden a una intención ética, a una adecuación de esta particularidad estilística propia de la novela gótica en un contexto social y político que luchaba por definir una identidad cultural e histórica. La forma de la novela gótica significó una posibilidad de configurar el espacio colonial como un espacio opresor, asfixiante y maléfico.

Las novelas y narraciones cortas que integran el corpus analizado comparten la configuración del tiempo-espacio colonial, representándolo bajo un velo de oscuridad e intriga en el que tienen lugar las bajas pasiones del hombre. Aquí el individuo es sometido por fuerzas extrañas, y está en constante lucha por la justicia, el reconocimiento y la libertad.

En el relato gótico, el escenario representa la tensión del drama de la historia. El tiempo histórico al que se recurre en la novela gótica por excelencia es la época medieval, en particular los espacios que representaban el encierro: el castillo y los conventos. En las narraciones

mexicanas el tiempo histórico al que recurren es la Colonia; en la *hija del judío* se refieren a dicho espacio como un tiempo de corrupción donde se ejecutan los actos de la *más horrible injusticia*, actos que caían sobre la cabeza de seres inocentes, independientemente de la casta a la que perteneciera, pues todas ellas estaban hermanadas por la opresión del sistema español, tal lo manifiesta en la siguiente conversación entre Don Luis y el padre Noriega:

...Se conoce que eres aún muy joven e ignoras de todo punto la política de nuestra corrompida corte. Todos los vasallos, españoles y americanos, están sujetos a sufrir las consecuencias de este sistema depredatorio ... es un sistema opresor, calculado, al parecer para aburrir y exasperar a los buenos vasallos.  
(Sierra 185)

El tiempo-espacio lúgubre y degradado y la configuración de los personajes en villano y mártir, español y criollo e inquisidor e inocente responden a una clara necesidad ideológica y a la preocupación por plantear una identidad propia, alejadas de modelo español.

En el cuento del *El Visitador* de Ignacio Rodríguez Galván, el narrador realiza una descripción aterradora del español, englobándolo en la figura del Visitador y Felipe II. Además, compara el tiempo medieval con la época colonial diciendo:

Pero lo que infundía aún mayores miedos, era la presencia y el gobierno del visitador Muñoz. Refiere la historia de aquellos tiempos, que Felipe II, quien ocupaba entonces el trono español, sediento de sangre, y temeroso de perder las conquistas de su padre en el Nuevo Mundo. [un hombre] orgulloso tímido, vengativo e infatigable, cruel y caprichudo en sus resoluciones, había caído como una maldición en la patria de Moctezuma. Pareciera que su único fin era hacer terrible la autoridad, inventó nuevas prisiones, dignas de figurar en los castillos

feudales de los siglos medios, las cuales se conservaron por muchos años, llevando el nombre del Visitador; ¡Digno monumento a su memoria!, y finalmente, de los desgraciados que incurrieron en sus sospechas pocos se libraron de las cárceles, los destierros, los presidios, y aún del cadalso. (83)

Dentro de la configuración de la novela gótica sin duda el villano, ese personaje aterrador que infunde miedo, es el personaje en el que recae la responsabilidad de las acciones en la historia; ese ser tirano y cruel se contrapone a la víctima indefensa. Es así que la configuración de los personajes llámense Ana, María, Blanca, Sara, Baltasar, Luis o Cesar eran valientes, bellos, dignos y leales, mientras que los españoles ya sean visitadores, inquisidores, condes o virreyes son intrigantes, desleales, avaros y crueles. Estos estereotipos creados eran complementados con una atmósfera de misterio y opresión. La idea oscurantista del tiempo-espacio colonial permitió representarlo como un tiempo de ignorancia donde los españoles eran los actantes de la decadencia y degradación de los valores y pasiones del hombre.

La apropiación estética gótica en la novela histórica colonialista se debe a que en ella encontraron la posibilidad de la representación artística de una serie de supuestos ideológicos. En esta apropiación de tópicos es donde observo el trabajo de refuncionalización de los modelos ya establecidos para presentar una serie de valoraciones e interpretaciones de situaciones y acontecimientos particulares.

Las características propiamente góticas, como lo tenebroso, lo denigrado, lo grotesco en las narraciones históricas decimonónicas corresponden a la explicación de un sistema político y religioso que impedía la evolución natural de la nación. Es claro que los enormes castillos medievales, propios del pasado europeo, eran remplazados por las grandes estructuras coloniales. El monstruo y/o circunstancias sobrenaturales, descansan en la imagen del sistema

político y religioso colonial corrupto en el cual se encuentran atrapados los personajes, impidiéndoles la libertad de acción y reafirmando su dominación mental.

Un elemento o característica de la literatura gótica es el terror. “Se trata de un elemento constitutivo y estructurador indispensable, clave y definitorio de este tipo de novelas” (López 6). En las narraciones colonialistas como: *La hija del judío* (1846-49), *El inquisidor de México* (1838) y *Monja y casada, virgen y mártir* (1868) la inquisición sea un tema fundamental como representante de la autoridad. En el caso del relato del *Visitador*, la autoridad está representada por el Visitador Muñoz; en ambas situaciones existe abuso de autoridad. Chavarín González explica que siempre se ha relacionado, a la figura de autoridad, a la presencia de una figura paterna con el abuso. Sin embargo, aquí está sustituida por la presencia de extraños y los religiosos. Tales abusos representan la degradación del sistema colonial ofreciendo como símbolo de ello a sus representantes.

La presión ejercida por los sistemas de autoridad, sean religiosos o políticos, significa la pérdida de la individualidad, puesto que somete y despoja a sus subordinados de todo derecho, hasta de su voluntad. En esta situación reconozco el elemento generador de miedo. Sobre la fundamentación del miedo en las narraciones góticas, Miriam López Santos comenta lo siguiente:

En torno al miedo, giran todos los acontecimientos que deben o no ser explicados por los protagonistas [...], y, alrededor de este, se plantea el doble juego, la dialéctica entre la razón y la sinrazón de la literatura gótica [...] Un miedo estético que viene a ser reflejo y resultado de ese conjunto de miedos históricos que convergen en el recuerdo de un antiguo régimen de opresión y persecución que a todos amenazaba y que impedía, por lo mismo, una entrada a la

modernidad, libre de todo perjuicio. Por lo tanto, toda completa exploración de la novela gótica exigirá una exhaustiva exploración del sentimiento del miedo, tanto físico como mental y un descubrimiento de las varias formas en que el terror se abre paso en la literatura. (5-6)

Los mecanismos de opresión existentes son los elementos que en estas narraciones provocan e infunden el miedo; éstos generaban un sentimiento de desprotección y desvanecimiento en los protagonistas y su poder-autoridad socavaba sus derechos y su identidad. Ejemplo de esto es el terror que se infundía en nombre de la iglesia y la justicia en *Monja y casada, virgen y mártir*:

[Blanca ante el tribunal]-¿Confesáis pues? –dijo con la misma indiferencia que antes el inquisidor y sin mutarse ni afectarse con la creciente exaltación de Blanca.

-¿Y qué queréis que confiese?

-Vuestra herejía al haber contraído tan sacrílego matrimonio estando ligada a Dios por vínculos tan sagrados.

-¿Y cómo queréis que yo confiese semejante cosa? Yo he pronunciado esos votos de consagrarme a Dios en el claustro por fuerza, contra mi voluntad, y Dios no puede haber aceptado este sacrificio...

-Inútil será proseguir la diligencia – dijo el inquisidor. –Asentad, señor escribano, que esta mujer ni reconoce sus crímenes, ni adjura sus errores e insiste en negar su confesión y que en consecuencia se le sujete por su contumacia a la cuestión del tormento ordinario y extraordinario hasta obtener su confesión. (Riva Palacio 273)

En el cuento *El Visitador* el terror no emanaba de la Inquisición, sino del poder político, que para apagar el fuego de las conspiraciones surgidas por el hartazgo del sistema, sus castigos eran de una crueldad inhumana. Veámoslo en el siguiente fragmento:

Eran las once de la noche; oíase resonar gruesas gotas sobre los canales que formaban las calles de México y en las puertas de madera del palacio de la ciudad conquistada, la oscuridad más profunda reinaba por todas partes; y el silencio propio de la hora hacía más perceptible el estrépito de la lluvia. México estaba consternado con la conspiración del Marques del Valle, la que aún se dudaba si se había sofocado del todo, a pesar del suplicio sufrido por los se creían sus autores, cuyas cabezas, levantadas sobre escarpas en la gran plaza hacia de ella una escena de terror. (Rodríguez 83)

Por lo anterior expuesto, concluyo que las narraciones analizadas se prefiguran composicional y estéticamente en el modelo gótico con el fin de representar de forma artística una concepción particular de la historia. La forma de la novela gótica proporcionó la posibilidad de crear imágenes que hacían eco de una necesidad de transformación y reconocimiento. En el México del siglo XIX no hay lugar para un Drácula, un Frankenstein, un Melmoth o para las imágenes de Lord Byron, es por eso que el mal, el terror del relato gótico se refuncionaliza apropiándose de sus elementos y adaptándolos a una realidad propia, con todo lo que ello implica. A diferencia del gótico europeo, que buscó ser una respuesta y romper con la obsesión racionalista, el gótico mexicano ofrece una interpretación de la Historia y del devenir de la Nación.

Tanto la novela gótica como la forma del relato histórico proporcionaron los lineamientos ético-estéticos bajo los cuales se configuró el tiempo-espacio colonial, así como los personajes

que lo habitan. Así, el proceso de desespañolización o antiespañolismo impulsado por los intelectuales liberales, reformuló la imagen del español y con ello la colonia, exponiéndola como una época oscurantista donde los criollos y mestizos eran dominados y asfixiados por fuerzas superiores, las cuales se apoyaban en sistemas crueles como la Inquisición o los Virreinos. La mexicanidad en la literatura se basó en el rescate de la realidad, tanto del lenguaje como de paisajes y situaciones. Ésta era pues la propuesta de Manuel Altamirano, López Portillo y Rojas. Sin embargo, el movimiento artístico no es producto de la espontaneidad; en él influyen los pensamientos, ideologías, textos y contextos ajenos o propios, dándose un ejercicio de valoración y refuncionalización de elementos extra textuales, proporcionando así una nueva significación.

Tanto *La hija de judío* como *Monja y casada, virgen y mártir*, *El inquisidor de México* y, por supuesto, *El Visitador* ayudaron a construir la identidad de lo mexicano y, en particular, de la literatura. Las imágenes provenientes de sus páginas han dejado huella no sólo en la historia de la literatura, sino también en el imaginario cultural mexicano.

## Obras citadas

- Bobadilla Encinas, Gerardo. “Estudios sobre la literatura mexicana del siglo XIX. Reflexiones críticas e historiográficas.” *Historia de la literatura en el siglo XIX*. Sonora, México: Instituto Sonorense de Cultura (ISC), 1999.
- . “Novela gótica y nación en la literatura mexicana del siglo XIX.” *Ruta Crítica*. Ed. Fortino Corral Rodríguez. Sonora, México: Universidad de Sonora, 2007.
- Brading, David. *Los orígenes del nacionalismo criollo*. Ciudad de México: Era, 1996.
- Carballo, Emmanuel. *Historias de las letras mexicanas del siglo XIX*. México: Universidad de Guadalajara, 1991.
- . *Reflexiones sobre la literatura mexicana siglo XIX*. México: Biblioteca del ISSSTE, 1999.
- Castro Leal, Antonio. *La novela del México colonial*. Tomo I. México: Aguilar, 1965.
- Chavarin, Marco Antonio. “La literatura como arma ideológica. México: Tierra Adentro.” *La visión del mundo determinista: una propuesta de análisis de la novela histórica*. Sonora, México: Instituto Sonorense de Cultura, 2004.
- Corral R. Fortino. “Cuenta la leyenda. Génesis del relato fantástico en México.” *Ruta Crítica*. Ed. Fortino Corral Rodríguez. Sonora, México: Universidad de Sonora, 2007.
- De la Rosa, Luis. “Utilidad de la literatura en México.” *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. Ed. Julio Jiménez Rueda. México: UNAM, 1996.
- Illades, Carlos. “Lo nacional-popular en el romanticismo mexicano.” *Revista Casa del Tiempo* (2005). Web. [[www.difusióncultural.uam.mx/revista/nov2003/illanes.html](http://www.difusióncultural.uam.mx/revista/nov2003/illanes.html)]
- . *Nación, sociedad y utopía: en el romanticismo mexicano*. México: CONACULTA, Sello Bermejo, 2005.

- Lafragua, José María. "Carácter y objeto de la literatura." *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. Ed. Julio Jiménez Rueda. México: UNAM, 1996.
- Lloyd Read, J. *The Mexican Historical Novel 1826-1910*. New York: Rusell & Rusell, 1973.
- López Portillo y Rojas, José. *La parcela*. 16ta edición. Ciudad de México: Porrúa, 1996.
- López Santos, Miriam. *Teoría de la novela gótica en España*. Vigo: Editorial Académica del Hispanismo, 2010.
- Pesado, José Joaquín. *El inquisidor de México*. Biblioteca Virtual Antorcha (2009) Web.  
[http://bib.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p370/68071519806130506300080/p000001.htm#I\\_0\\_](http://bib.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/p370/68071519806130506300080/p000001.htm#I_0_) [www.antorcha.net/bibliotecas\_virtual/literatura/inquisidor/índice.html]
- Riva Palacio, Vicente. *Monja y casada, virgen y mártir*. México: Océano, 1986.
- Rodríguez Galván, Ignacio. "El visitador" en *el molinito pisaverde y otros cuentos*. México, 1984.
- Sierra O'Reilly, Justo. *La hija del judío*. México: Porrúa, 1982.
- Solaz, Lucía. *Literatura gótica*. *Revista Espéculo* (2009): (s/n) Web.  
[www.ucm.es/info/especulo/numero23/gotica.html](http://www.ucm.es/info/especulo/numero23/gotica.html).